

acogiesen mas en sus casas y tierra mejicano ninguno ni hombre de Culúa. Ellos respondieron que si mataron españoles fué con justa razon, pues en tiempo de guerra quisieron pasar por su tierra por fuerza y sin demandar licencia, y que los de Culúa y Méjico eran sus amigos y señores, y no dejarían de tenerlos en sus casas siempre que á ellas venir quisiesen, y que no querían su amistad ni obedecer á quien no conocían; por tanto, que se tornase luego á Tlaxcallan si no deseaba la muerte. Cortés les convidó con la paz otras muchas veces, y como no la quisieron, dióles guerra muy de veras. Los de Tepeacac, con los de Culúa, que tenían en su favor, estaban muy bravos. Tomaron los pasos fuertes y defendieron la entrada, y como eran muchos, y entre ellos habia de valientes hombres, pelearon muy bien y muchas veces. Mas al cabo fueron vencidos y muertos sin matar español, aunque mataron muchos tlaxcaltecas. Los señores y república de Tepeacac, viendo que sus fuerzas ni las de mejicanos no bastaban á resistir los españoles, se dieron á Cortés por vasallos del Emperador, á partido que echarían de toda su tierra á los de Culúa, y le dejarían castigar como quisiese á los que mataron los españoles; por lo cual Cortés, y porque estuvieron muy rebeldes, hizo esclavos á los pueblos que se hallaron en la muerte de aquellos doce españoles, y dellos sacó el quinto para el Rey. Otros dicen que sin partido los tomó á todos, y castigó así aquellos en venganza, y por no haber obedecido sus requerimientos, por putos, por idólatras, porque comen carne humana, por rebeldía que tuvieron, porque temiesen otros, y porque eran muchos, y porque, si así no los trataba, luego se rebelarían. Como quiera que ello fué, él los tomó por esclavos, y á poco mas de veinte dias que la guerra duró, domó y pacificó aquella provincia, que es muy grande. Echó de ella á los de Culúa, derribó los ídolos, obedecieronle los señores, y por mayor seguridad fundó una villa, que llamó Segura de la Frontera, y nombró cabildo que la guardase, para que, pues el camino de la Veracruz á Méjico es por allí, fuesen y viniesen seguros los españoles é indios. Ayudaron en esta guerra como amigos verdaderos los de Tlaxcallan, Huexocinco y Chololla, y dijeron que así harían contra Méjico, é aun mejor. Con esta victoria cobraron ánimo los españoles y muy gran fama por toda aquella comarca, que los tenia por muertos.

Cómo se dieron á Cortés los de Huacacholla, matando á los de Culúa.

Estando Cortés en Segura, le vinieron unos mensajeros del señor de Huacacholla secretamente á decirle que se le daría con todos sus vasallos si los libraba de la servidumbre de los de Culúa, que no solo les comían sus haciendas, mas les tomaban sus mujeres, y les hacían otras fuerzas y demasías; y que en la ciudad estaban aposentados los capitanes con muchos otros soldados, y por las aldeas y comarca. Y en Mexínea, que cerca era, habia otros treinta mil para le defender la entrada á tierra de Méjico, y si mandaba que fuese ó enviase españoles, y podría con su ayuda tomar á manos aquellos capitanes. Muy mucho se alegró Cortés con tal mensajería; y cierto, era cosa de alegrar, porque

comenzaban á ganar tierra y reputacion mas de lo que pensaban poco antes los suyos. Loó al Señor, honró los mensajeros, dióles mas de trecientos españoles, trece de caballo, treinta mil tlaxcaltecas y de los otros indios amigos que tenia en su ejército, y enviólos. Ellos fueron á Chololla, que está ocho leguas de Segura, y luego, caminando por tierra de Huexocinco, dijo uno de allí á los españoles que iban vendidos; porque era trato doble entre Huacacholla y Huexocinco, llevarlos así para matarlos allá en su lugar, que era fuerte, por contentar á los de Culúa, con quien estaban recien confederados y amigos. Andrés de Tapia, Diego de Ordás y Cristobal de Olid, que eran los capitanes, ó por miedo, ó por mejor entender el caso, prendieron los mensajeros de Huacacholla y los capitanes y personas principales de Huexocinco que iban con él, y volviéronse á Chololla, y de allí enviaron los presos á Cortés con Domingo García de Alburquerque, y una carta en que le avisaban del negocio, de cuán atemorizados quedaban todos. Cortés, como leyó la carta, habló y examinó los prisioneros, y averiguó que sus capitanes habian mal entendido; porque, como era de concierto que aquellos mensajeros tenían de meter los nuestros sin ser sentidos en Huacacholla y matar á los de Culúa, entendieron que querían matar á los españoles, ó aquel les engañó que se lo dijo. Soltó y satisfizo los capitanes y mensajeros que estaban quejosos, y fué con ellos, porque no aconteciese algun desastre en sus compañeros, y porque se lo rogaron. El primer dia fué á Chololla, y el segundo á Huexocinco. Allí concertó con los mensajeros el cómo y el por dónde habia de entrar en Huacacholla, y que los de la ciudad cerrasen las puertas del aposento de los capitanes, para que mejor y mas presto los prendiesen ó matasen. Ellos se partieron aquella noche, é hicieron lo prometido, ca engañaron las centinelas, cercaron á los capitanes y pelearon con los demás. Cortés se partió una hora primero que amaneciese, y á las diez del dia ya estaba sobre los enemigos, y poco antes de entrar en la ciudad salieron á él muchos vecinos con mas de cuarenta prisioneros de Culúa, en señal que habian cumplido su palabra, y llevaronlos á una gran casa donde estaban cerrados los capitanes, y peleando con tres mil del pueblo que los tenían cercados y en aprieto. Con su llegada cargaron unos y otros sobre ellos con tanta furia y muchedumbre, que ni él ni los españoles estorbar pudieron que no los matasen casi todos. De los otros murieron muchos antes que Cortés llegase, y llegado, huyeron hácia los otros de su guarnición, que ya venían treinta mil dellos á socorrer sus capitanes; los cuales llegaron á poner fuego á la ciudad al tiempo que los vecinos estaban ocupados y embebecidos en combatir y matar enemigos. Como Cortés lo supo, salió á ellos con los españoles. Rompiólos con los caballos, y retrájolos á una bien alta y grande cuesta; en la cual, cuando de subir acabaron, ni ellos ni los nuestros se podían rodear; y así, estancaron dos caballos, y el uno murió, y muchos de los enemigos cayeron en el suelo, de puro cansados y sin herida ninguna, y se ahogaron de calor; y como luego sobrevinieron nuestros amigos, y comenzaron de fresco á pelear, en chiquito estaba el campo vacío de vivos y lleno de muertos.

Tras esta matanza, los de Culúa desampararon sus estancias, y los nuestros fueron allá y las quemaron y saquearon. Fué de ver el aparato y vituallas que en ellas tenían, y cuán aderezados ellos andaban de oro, plata y plumajes. Traían lanzas mayores que picas, pensando con ellas matar los caballos; y á la verdad, si lo supieran hacer, bien pudieran. Tuvo Cortés este dia en campo mas de cien mil hombres con armas, y tanto era de maravillar la brevedad con que se juntaron, cuanto la muchedumbre. Huacacholla es lugar de cinco mil y mas vecinos. Está en llano y entre dos rios, que, con las muchas y hondas barrancas que tienen, hacen pocas entradas al lugar, y aquellas tan malas, que apenas se puede subir á caballo. La cerca es de cal y canto, ancha, alta cuatro estados, con su petril para pelear, y con solas cuatro puertas estrechas, largas y de tres vueltas de pared. Muchas piedras por todo para tirar; así que con poca defensa la guardarán los de Culúa, si aviso tuvieran. A la una parte tiene muchos cerros barto ásperos, y á la otra gran llanura y labranza. En el término y jurisdiccion habrá otra tanta vecindad. Tres dias estuvo Cortés en Huacacholla, y allí le enviaron ciertos mensajeros de Ocopaxuín, que está á cuatro leguas y junto al volcan, que llaman Popocatepec, á dársele, y á decir cómo su señor se habia ido con los de Culúa, y le rogaban que tuviese por bien lo fuese un su hermano que le era muy aficionado, y amigo de españoles. El los recibió en nombre del Emperador, y les dejó tomar al que pidian por señor, y partiése.

La toma de Izcuzan.

Estando en Huacacholla Cortés, le dijeron cómo en Izcuzan, cuatro leguas de allí, habia gente de Culúa que lo amenazaba y que hacia daño á sus amigos; fué allá, entró por fuerza, lanzó fuera los enemigos, unos por las puertas, otros saltando por los adarves. Siguiólos legua y media; prendió muchos, y en fin, de seis mil que eran los que guardaban el pueblo, pocos escaparon de sus manos y de un rio que cerca de la ciudad pasa, en el cual se ahogaron muchos, por haberle cortado la puente para su seguridad y fortaleza. De los nuestros, los de caballo pasaron presto, mas los otros mucho se detuvieron. Ya Cortés entonces tenia ciento y veinte mil combatientes, y mas gente, que con la fama y victoria concurrían á su ejército de muchas ciudades y provincias. Izcuzan es lugar de trato, especial de fruta y algodón. Tiene tres mil casas, buenas calles, cien templos con cien torres, y una fortaleza en un cerrillo; lo demás está en llano. Pasa por allí un rio que la cerca de grandes barrancos; en los cuales, y al rededor, hay una pared de piedra con su petril, en que tenían muchos ruegos. Está cerca un buen valle, redondo, fértil y que se riega con acequias hechas á mano. El pueblo quedó desierto de gente y ropa, que pensando defenderlo, se habian ido todos á lo alto y espeso de la sierra que junto está. Los indios amigos de Cortés tomaron lo que hallaron, y él quemó los ídolos y aun las torres. Soltó dos presos que fuesen á llamar al señor y vecinos, dándoles su fe de no les hacer mal. Por este seguro y porque todos deseaban volver á sus casas, pues españoles no hacían enojo á quien se les daba, vinieron

al tercer dia ciertos principales del pueblo á darse y á pedir perdon por todos. Cortés los perdonó y recibió; y así, dentro de dos dias estaba Izcuzan tan poblada como antes, y los presos sueltos; salvo es que el señor no quiso venir, de temor, ó por ser pariente del señor de Méjico; y á esta causa hubo debate entre los de Izcuzan y de Huacacholla sobre quién seria señor, que los de Izcuzan querían que lo fuese un hijo bastardo de un su señor que Moteczuma matara. Los otros decían que fuese un nieto del ausentado, porque era hijo del señor de Huacacholla. En fin, Cortés interpuso su autoridad, y acordaron que fuese este, y no el bastardo, por ser legítimo y pariente muy cercano de Moteczuma por via de mujer; que, como en otro lugar se dirá, es de costumbre en esta tierra que hereden al padre los hijos que tiene en parientas de los reyes de Méjico, aunque tenga otros mayores; y como era niño de diez años, mandó Cortés que lo tuviesen y criasen y gobernasen dos caballeros de Izcuzan y uno de Huacacholla. Estando apaciguando esta diferencia y tierra, vinieron embajadores de ocho pueblos de la provincia de Claotxomacan, que está lejos de allí cuarenta leguas, á ofrecer gente á Cortés y á dársele, diciendo que no habian muerto español ninguno, ni tomado armas contra él. Era tanta su nombradía, que corria por muchas tierras, y todos lo tenían por mas que hombre; y así, le venían á porfia de muchas partidas embajadas; mas, porque no fueron de tan aparte como esta, no se cuentan.

La mucha autoridad que Cortés tenia entre los indios.

Hechas todas estas cosas, se tornó Cortés á Segura, y cada indio á su casa, sino los que sacó de Tlaxcallan; y de allí, por no perder tiempo para la guerra de Méjico ni ocasion en las demás, pues le sucedían tan prosperamente, despachó un criado suyo á la Veracruz, que con cuatro navíos que allí estaban de la flota de Pánfilo, fuese á Santo Domingo por gente, caballos, espadas, ballestas, artillería, pólvora y municion; por paño, lienzo, zapatos y otras muchas cosas. Escribió al licenciado Rodrigo de Figueroa sobrello y á la Audiencia, dándole cuenta de sí y de lo que habia hecho después que echado fué de Méjico, y pidiéndole favor y ayuda para que aquel su criado trajese buen recado y presto. Envió asimesmo veinte de caballo y docientos españoles y mucha gente de amigos á Zacatami y Xalacínco, tierras sujetas á mejicanos, y en camino para venir de la Veracruz, que estaban dias habia en armas, y habian muerto ciertos españoles pasando por allí. Ellos fueron allá, hicieron sus protestos y amonestaciones, pelearon, y aunque se templaron, hubo muertes, fuego y saco. Algunos señores y muchos principales hombres de aquellos pueblos vinieron á Cortés, tanto por fuerza como por ruegos, á dársele, pidiendo perdon, y prometiendo de no tomar otra vez armas contra españoles. El los perdonó y envió amigos; y así, se volvió el ejército. Cortés, por tener la Navidad, que era de ahí á doce dias, en Tlaxcallan, dejó un capitán con sesenta españoles en aquella nueva villa de Segura de la Frontera, á guardar el paso. Y por amedrentar los pueblos comarcanos envió delante todo su ejército, y él fué con veinte de caballo á dormir á Colunan, ciudad amiga y



que tenía deseo de verlo y hacer con su autoridad muchos señores y capitanes en lugar de los que habían muerto de viruelas. Estuvo en ella tres días, en los cuales se declararon los nuevos señores, que después le fueron muy amigos. Al otro día llegó á Tlaxcallan, que hay seis leguas, donde fué triunfalmente recibido. Y cierto él hizo entonces una jornada dignísima de triunfo. Era ya fallecido su gran amigo Maxixca con las viruelas del negro de Pánfilo de Narvaez, de que hizo sentimiento con luto, á fuer de España. Dejó hijos, y al mayor, que sería de doce años, nombró por señor del estado del padre, á ruego también de la república, que dijo pertenecerle. No pequeña gloria es suya dar y quitar señoríos, y que tanto respeto le tuviesen ó temor, que nadie osase sin su licencia y voluntad aceptar la herencia y estado de los padres. Entendió Cortés en que las armas de todos se aderezasen muy bien. Dió priesa en hacer bergantines, que ya la madera estaba cortada de antes que fuese á Tepeacac. Envió á la Veracruz por velas, jarcia, clavazon, sogas y las otras cosas necesarias que allí había de los navíos que echó al través. Y porque faltaba pez, y en aquella tierra ni la conocen ni usan, mandó á ciertos españoles marineros que la hiciesen en una sierra que cerca de la ciudad está.

Los bergantines que hizo labrar Cortés, y los españoles que juntó contra Méjico.

Era tanta la fama de la prosperidad y riqueza de Cortés al tiempo que tenía en su poder á Moteczuma, y con la vitoria de Pánfilo de Narvaez, que todos los españoles de Cuba, Santo Domingo y las otras islas se iban á él de veinte en veinte y como podían, aunque muchos fueron que les costó la vida; ca en el camino los mataron hombres de Tepeacac y Xalacincó, según dicho queda, y otros, que por verlos venir en pequeñas cuadrillas y estar Cortés lanzado de Méjico, se les atrevían. Todavía llegaron á Tlaxcallan tantos, que se rehizo mucho su ejército, y que le dieron ánimo de apresurar la guerra. No podía Cortés tener espías en Méjico, que luego conocían allá á los tlaxcaltecas en los bezos y orejas y en otras señales; y tenían mucha guarda y pesquiza sobre ello; y así no sabía las cosas de aquella ciudad tan por entero como deseaba para proveerse de lo necesario. Solamente le había dicho un capitán de Culúa, que fué preso en Huacacholla, cómo por muerte de Moteczuma, era señor de Méjico su sobrino Cuetlauac, señor de Iztacpalapan, hombre astuto y valiente, y el que le había hecho la guerra y echado de Méjico; el cual se fortalecía con cavas y albarradas y de muchas maneras de armas, especial de lanzas muy largas como las que se hallaron en los ranchos de la guarnición de Culúa, que estaba en lo de Huacacholla y Tepeacac, para ofensa de los caballos; y que soltaba los tributos y todo pecho por un año, y por más el tiempo que la guerra durase, á todos los señores y pueblos á él sujetos, si matasen los españoles ó los echasen de sus tierras; cosa con que ganó mucho crédito entre sus vasallos, y que les puso ánimo de resistir y aun ofender á los españoles. Y no fué mal aviso el de las lanzas, si los que las habían de traer en la guerra tuvieran destreza para esperar y herir con ellas á los ca-

ballos. Todo era verdad lo que el captivo dijo, sino que Cuetlauac era ya fallecido de viruelas, y reinaba Cuahutimocin, sobrino, y no hermano, como algunos dicen, de Moteczuma; hombre muy valiente y guerrero, según después diremos, y que envió sus mensajeros por toda la tierra, unos á quitar los tributos á sus vasallos, y otros á dar y prometer grandes cosas á los que no lo eran, diciendo cuán más justo era seguir y favorecerle á él que no á Cortés, ayudar á los naturales que á los extranjeros, y defender su antigua religión que acoger la de los cristianos, hombres que se querían hacer señores de lo ajeno; y tales, que si no les defendían luego la tierra, no se contentarían con la ganar toda, mas que tomarían la gente por esclavos, y la matarían; que así le estaba certificado. Mucho animó Cuahutimocin los indios contra españoles con estas mensajerías; y así, unos le enviaron ayuda, y otros se pusieron en armas; empero muchos dellos no curaron de aquello; y ó acostaban á los nuestros y á Tlaxcallan, ó estaban quedos, por miedo ó por fama de Cortés, ó por odio que á mejicanos tenían. Viendo pues esto, acuerda Cortés de comenzar luego la guerra y camino de Méjico, antes que se resfriasen los indios que le seguían, ó los españoles, que con el buen suceso en las guerras pasadas de Tepeacac y las otras provincias no se acordaban de las islas: tanto puede una buenandanza. Hizo alarde de los suyos segundo día de Navidad. Halló cuarenta de caballo y quinientos y cuarenta de á pié, los ochenta con ballestas ó escopetas, y nueve tiros con mucha pólvora. De los caballos hizo cuatro escuadras, á diez cada una, y de los peones nueve cuadrillas, á sesenta compañeros por una. Nombró capitanes y oficiales del ejército, y á todos juntos les habló así.

Cortés á los suyos.

«Muchas gracias doy á Jesucristo, hermanos míos, que os veo ya sanos de vuestras heridas y libres de enfermedad. Pláceme mucho de veros así armados y ganosos de revolver sobre Méjico á vengar la muerte de nuestros compañeros y á cobrar aquella gran ciudad; lo cual espero en Dios haréis en breve tiempo, por ser de nuestra parte Tlaxcallan y otras muchas provincias, por ser vosotros quien sois, y los enemigos los que suelen, y por la fe cristiana que imos á publicar. Los de Tlaxcallan y los otros que nos han siempre seguido están prestos y armados para esta guerra, y con tanta gana de vencer y sujetar á los mejicanos como nosotros; ca en ello no solo les va la honra, mas la libertad y aun la vida también; porque si no venciésemos, ellos quedaban perdidos y esclavos; que los de Culúa peor los quieren que á nosotros, por nos haber recogido en su tierra, á cuya causa jamás nos desampararán, y con tino procurarán de servirnos y proveernos, y aun de atraer sus vecinos á nuestro favor. Y ciertamente lo hacen tan bien y cumplido como al principio me lo prometieron é yo vos lo certifiqué; ca tienen á punto de guerra cien mil hombres para enviar con nosotros, y gran número de tamemes, que nos lleven de comer, la artillería y fardaje. Vosotros pues los mismos sois que siempre fuistes; y que siendo yo vuestro capitán, habéis vencido muchas batallas, peleando con ciento y

con docientos mil enemigos, ganado por fuerza muchas y fuertes ciudades, y sujetado grandes provincias, no siendo tantos como agora estáis. Y aun cuando en esta tierra entramos no éramos mas, ni al presente somos mas menester por los muchos amigos que tenemos; é ya que los no tuviésemos, sois tales, que sin ellos conquistaríades toda esta tierra, dándoos Dios salud; que los españoles al mayor temor osan; pelear tienen por gloria, y vencer por costumbre. Vuestros enemigos ni son mas ni mejores que hasta aquí, según lo mostraron en Tepeacac y Huacacholla, Izcuza y Xalacincó, aunque tienen otro señor y capitán; el cual, por mas que ha hecho, no ha podido quitarnos la parte y pueblos desta tierra que le tenemos; antes allá en Méjico, donde está, teme nuestra ida y nuestra ventura; que, como todos los suyos piensan, hemos de ser señores de aquella gran ciudad de Tenuchtitlan. Y mal contada nos sería la muerte de Moteczuma si Cuahutimocin quedase con el reino. Y poco nos haría al caso, para lo que pretendemos, todo lo al si á Méjico no ganamos; y nuestras vitorias serían tristes si no vengamos á nuestros compañeros y amigos. La causa principal á que venimos á estas partes es por ensalzar y predicar la fe de Cristo, aunque juntamente con ella se nos sigue honra y provecho, que pocas veces caben en un saco. Derrocamos los ídolos, estorbamos que no sacrificasen ni comiesen hombres, y comenzamos á convertir indios aquellos pocos días que estuvimos en Méjico. No es razón que dejemos tanto bien comenzado, sino que vamos á do nos llama la fe y los pecados de nuestros enemigos, que merecen un gran azote y castigo; que si bien os acordáis, los de aquella ciudad, no contentos de matar infinidad de hombres, mujeres y niños delante las estatuas en sus sacrificios por honra de sus dioses, y mejor hablando, diablos, se los comen sacrificados; cosa inhumana y que mucho Dios aborrece y castiga, y que todos los hombres de bien, especialmente cristianos, abominan, defienden y castigan. Allende desto, cometen sin pena ni vergüenza el maldito pecado por que fueron quemadas y asoladas aquellas cinco ciudades con Sodoma. Pues ¿qué mayor ni mejor premio desearía nadie acá en el suelo que arrancar estos males y plantar entre estos crueles hombres la fe, publicando el santo Evangelio? Ca pues vamos ya, sirvamos á Dios, honremos nuestra nación, engrandezcamos nuestro rey, y enriquezcamos nosotros; que para todo es la empresa de Méjico. Mañana, Dios mediante, comenzaremos.»

Todos los españoles respondieron á una con muy grande alegría que fuese mucho en buen hora; que ellos no le faltarian. Y tanto hervor tenían, que luego se quisieran partir, ó porque son españoles de tal condición, ó arregostados al mando y riquezas de aquella ciudad, de que gozaron ocho meses.

Hizo luego tras esto pregonar ciertas ordenanzas de guerra, tocantes á la buena gobernación y orden del ejército, que tenía escritas, entre las cuales eran estas:

- Que ninguno blasfemase el santo nombre de Dios.
- Que no riñese un español con otro.
- Que no jugasen armas ni caballo.
- Que no forzasen mujeres.
- Que nadie tomase ropa ni cativase indios, ni hiciese

correrías, ni saquease sin licencia suya y acuerdo del cabildo.

Que no injuriasen á los indios de guerra amigos, ni diesen á los de carga.

Puso, sin esto, tasa en el herraje y vestidos, por los excesivos precios en que estaban.

Cortés á los de Tlaxcallan.

Otro día siguiente llamó Cortés á todos los señores, capitanes y personas principales de Tlaxcallan, Huexocincó, Chololla, Chalco, y de otros pueblos que allí estaban, y por sus farantes les dijo:

«Señores y amigos míos, ya sabéis la jornada y camino que hago. Mañana, placiendo á Dios, me tengo de partir á la guerra y cerco de Méjico, y entrar por tierra de mis enemigos y vuestros. Lo que vos ruego delante todos es que estéis ciertos y constantes en la amistad y concierto que entre nosotros está hecho, como hasta aquí habeis estado, y como de vosotros público y confío; y porque no podria yo acabar tan presto esta guerra, según mis deseos ni según vuestro deseo, sin tener estos bergantines que aquí se están haciendo, puestos sobre la laguna de Méjico, os pido por merced que trateis á los españoles que dejó labrándolos, con el amor que soleis, dándoles todo lo que para sí y para la obra pidieren; que yo prometo quitar de sobre vuestras cervices el yugo de servidumbre que vos tienen puesto los de Culúa, y hacer con el Emperador que os haga muchas y muy crecidas mercedes.»

Todos los indios que presentes estaban hicieron semblante y señas que les placía, y en pocas palabras respondieron los señores que no solo harían lo que les rogaba, pero que acabados los bergantines, los llevarían á Méjico y se irían todos con él á la guerra.

Cómo se apoderó de Tezcuco Cortés.

Día de los Inocentes partió Cortés de Tlaxcallan con sus españoles muy en ordenanza. Fué la salida muy de ver, porque salieron con él mas de ochenta mil hombres, y los mas dellos con armas y plumajes, que daban gran lustre al ejército; pero él no quiso llevarlos consigo todos, sino que esperasen hasta ser hechos los bergantines y estar cercado Méjico, y aun también por amor de las vituallas; que tenía por dificultoso mantener tanta muchedumbre de gente por camino y en tierras de enemigos. Todavía llevó veinte mil dellos, y mas los que fueron menester para tirar la artillería y para llevar la comida y fardaje, y aquella noche fué á dormir á Tezmoluca, que está seis leguas, y es lugar de Huexocincó, donde los señores de aquella provincia le acogieron muy bien. Otro día durmió á cuatro leguas de allí, en tierra de Méjico, y en una sierra que, si no fuera por la mucha leña, perecerían de frío los indios; y aun con ella, pasaron trabajo ellos y los españoles. En siendo de día comenzó á subir el puerto, y envió delante cuatro peones y cuatro de caballo á descubrir; los cuales hallaron el camino lleno de árboles recién cortados y atravesados. Mas pensando que adelante no estaría así, y por traer buena relación, anduvieron hasta que no pudieron pasar, y volvieron á decir cómo estaba el camino atajado con muchos y gruesos pinos, cipreses y



otros árboles, y que en ninguna manera podrian pasar los caballos por él. Cortés les preguntó si habian visto gente, y como dijeron que no, adelantóse con todos los de caballo y con algunos españoles de pie, y mandó á los demás que con todo el ejército y artillería caminasen apriesa, y que le siguiesen mil indios, con los cuales comenzó á quitar los árboles del camino; y como iban viniendo los otros, iban apartando las ramas y troncos; y así limpiaron y desembarazaron el camino, y pasó la artillería y caballos sin peligro ni daño, aunque con trabajo de todos, y cierto si los enemigos estuvieran allí no pasaran, y si pasaran, fuera con mucha pérdida de gente y caballos, por ser aquello fragoso, de muy espeso monte. Mas ellos, pensando que no iria por aquella parte nuestro ejército, contentáronse con cegar el camino y pusieron en otros pasos mas llanos; que tres caminos hay para ir de Tlaxcallan á Méjico, y Cortés escogió el mas áspero, pensando lo que fué, ó porque alguno le avisó que los enemigos no estaban en él. En pasando aquel mal paso, descubrieron las lagunas; dieron gracias á Dios, prometieron de no tornar atrás sin ganar primero á Méjico ó perder las vidas. Repararon un rato para que todos fuesen juntos al bajar á lo llano y raso, porque ya los enemigos hacian muchas ahumadas, y comenzaban á darles grita y apellidar toda la tierra, y habian llamado á los que guardaban los otros caminos, y querian tomarlos entre unas puentes que por allí hay; y así, se puso en ellas un buen escuadron; mas Cortés les echó veinte de caballo, que los alancearon y rompieron. Llegaron luego los demás españoles, y mataron algunos, desocuparon el camino, y sin recibir daño llegaron á Cuahutepac, que es jurisdicción de Tezcuco, do aquella noche durmieron. En el lugar no habia persona, pero cerca dél estaban mas de cien mil hombres de guerra, y aun mas, de los de Culúa, que enviaban los señores de Méjico y Tezcuco contra los nuestros; por lo cual Cortés hizo ronda y vela de prima con diez de caballo. Apercibió su gente y estuvo alerta; pero los contrarios estuvieron quedos. Otro día por la mañana salió de allí para Tezcuco, que está á tres leguas, y no anduvo mucho, cuando vinieron á él cuatro indios del pueblo, hombres principales, con una banderilla en una barra de oro de hasta cuatro marcos, que es señal de paz, y le dijeron cómo Coacnacoyocin, su señor, los enviaba á rogarle que no hiciese daño en su tierra, y á ofrecérsele, y á que se fuese con todo su ejército á se aposentar á la ciudad; que allí seria muy bien hospedado. Cortés holgó con la embajada, aunque le pareció fingida. Saludó al uno dellos, que lo conocía, y respondióles que no venia para hacer mal, sino bien, y que él recibiría y ternia por amigo al señor y á todos ellos con tal que le volviesen lo que habian tomado á cuarenta y cinco españoles y trecientos tlaxcaltecas que mataran dias habia, y que las muertes, pues no tenian remedio, les perdonaba. Ellos dijeron que Motezuma los mandara matar, y se habia tomado el despojo, y que la ciudad no era culpante de aquello; y con esto se tornaron. Cortés se fué á Cuahutichan y Huaxuta, que son como arrabales de Tezcuco, donde fueron él y todos los suyos bien proveidos. Derribó los ídolos; fuése luego á la ciudad, y posó en unas grandes

casas, en que cupieron todos los españoles y muchos de sus amigos; y porque al entrar no habia visto mujeres ni muchachos, sospechóse de traicion. Apercibióse, y mandó pregonar que nadie, so pena de la vida, saliese fuera. Comenzaron los españoles á repartir y aderezar sus aposentos, y á la tarde subieron ciertos dellos á las azoteas á mirar la ciudad, que es tan grande como Méjico, y vieron cómo la desamparaban los vecinos y se iban con sus hatos, unos camino de los montes, y otros por agua, que era cosa harto de ver el bullicio de veinte mil ó mas barquillas que andaban sacando gente y ropa. Quiso Cortés remediarlo; pero sobrevino la noche y no pudo, y aun quisiera prender al señor; mas él fué el primero que se salió á Méjico. Cortés entonces llamó á muchos de Tezcuco, y dijoles cómo don Fernando era hijo de Nezaualpíctin, su amado señor, y que le hacia su rey, pues Coacnacoyocin estaba con los enemigos, y habia muerto malamente á Cucuzca, su hermano y señor, por codicia de reinar y á persuasion de Cuahutimocin, enemigo mortal de españoles. Los de Tezcuco comenzaron de venir á ver su nuevo señor y á poblar la ciudad, y en breve estuvo tan poblada como antes; y como no recibian daño de los españoles, servian en cuanto les era mandado, y el don Fernando fué siempre amigo de españoles. Aprendió nuestra lengua; tomó aquel nombre por Cortés, que fué su padrino de pila. De allí á pocos dias vinieron los de Cuahutichan, Huaxuta y Autenco á se dar, pidiendo perdon si en algo habian errado. Cortés los recibió, perdonó, y acabó con ellos que se tornasen á sus casas con hijos, mujeres y haciendas; que tambien ellos se eran idos á la sierra y á Méjico. Cuahutimoc, Coachacoyo y los otros señores de Culúa enviaron á reñir y reprehender á estos tres pueblos porque se habian dado á los cristianos. Ellos prendieron y trajeron los mensajeros á Cortés, y él se informó dellos de las cosas de Méjico, y los envió á rogar á sus señores con la paz y amistad; mas poco le aprovechó, ca estaban muy determinados en la guerra. Anduvieron entonces ciertos amigos de Diego Velazquez por amotinar la gente para volverse á Cuba y deshacer á Cortés. Él lo supo, y los prendió y tomó sus dichos. Por la confesion que hicieron condenó á muerte á Antonio de Villasaña, natural de Zamora, por amotinador, y ejecutó la sentencia. Con lo cual cesó el castigo y el motín.

El combate de Iztacpalapan.

Ocho dias estuvo Cortés sin salir de Tezcuco, fortaleciendo la casa en que posaba; que toda la ciudad, por ser grandísima, no podia, y basteciéndose por si le cercasen los enemigos, y después, como no lo acometian, tomó quince de caballo, docientos españoles, en que habia diez escopetas y treinta ballestas, y hasta cinco mil amigos, y fuése la orilla adelante de la laguna á Iztacpalapan derecho, que está cinco leguas de allí. Los de la ciudad fueron avisados por los de la guarnicion de Culúa, con humos que hicieron de las atlayas, cómo iban sobre ellos españoles, y metieron su ropa y las mujeres y niños en las casas que están dentro en la agua; enviaron gran flota de acalles, y salieron al camino dos leguas muchos, y á su manera bien armados

y hechos escuadrones. No pelearon á hecho, sino tornáronse al pueblo escaramuzando, con pensamiento de meter y matar allá los enemigos. Los españoles se metieron á revueltas dentro, que era lo que querian, y pelearon reciamente hasta echar los vecinos á la agua, donde muchos dellos se ahogaron; mas como son nadadores, y no les daba sino á los pechos, y tenian muchas barcas que los recogian, no murieron tantos como se pensaba. Todavía mataron los de Tlaxcallan mas de seis mil, y si la noche no los despartiera, mataran harto mas. Los españoles hobieron algun despojo, pusieron fuego á muchas casas y comenzáronse de aposentar; mas Cortés les mandó salir fuera á mas andar, aunque era muy noche, porque no se ahogasen; que los de la ciudad habian abierto la calzada, y entraba tanta agua, que lo cubria todo; y cierto si aquella noche se quedaran allí, no escapaba hombre de su compañía, y aun con toda la priesa que se dió, eran las nueve de la noche cuando acabaron de salir. Pasaron el agua á volapié; perdióse todo el despojo, y ahogáronse algunos de Tlaxcallan. Tras este peligro tuvieron muy mala noche de frio, como estaban mojados, y de comida, como no pudieron sacarla. Los de Méjico, que todo esto sabian, dieron sobre ellos á la mañana, y fuéles forzado irse á Tezcuco, peleando con los enemigos que los apretaban recio por tierra, y con otros que salian del agua; y ni podian dañar á estos, que se acogian luego á sus barquillos, ni osaban meterse entre los otros, que eran muchos; y así, llegaron á Tezcuco con grandísimo trabajo y hambre. Murieron muchos indios de nuestros amigos y un español, que creo fué el primero que murió peleando en el campo. Cortés estuvo triste aquella noche, pensando que con la jornada pasada dejaba mucho ánimo á los enemigos, y miedo á otros, que no se le diesen; mas luego á la mañana vinieron mensajeros de Otompan, donde fué la nombrada batalla que Cortés venció, segun atrás se dijo, y de otras cuatro ciudades, que están cinco ó seis leguas de Tezcuco, á pedir perdon por las guerras pasadas y ofrecerse á su servicio, y á rogarle los amparase de los de Culúa, que los amenazaban y maltrataban, como hacian á todos los que se le daban. Cortés, aunque les loó y agradeció aquello, dijo que si no le traian atados los mensajeros de Méjico, ni los perdonaria ni recibiría. Tras estos de Otompan, avisaron á Cortés cómo querian los de la provincia de Chalco ser sus amigos, y venir á dársele, sino que no les dejaba la guarnicion de Culúa, que estaba allí en su tierra. Él despachó luego á Gonzalo de Sandoval con veinte caballos y docientos peones españoles, que fuése á tomar á los de Chalco y echar á los de Culúa. Envió tambien á la Veracruz cartas; que habia mucho que no sabia de los españoles que allá estaban, por tener los enemigos atajado el camino. Fué pues Sandoval con su compañía. Lo primero procuró de poner en salvo las cartas y mensajeros de Cortés, y encaminar á muchos tlaxcaltecas que fuesen seguros á sus casas con la ropa que llevaban ganada, y luego juntarse con los de Chalco; mas como dellos se apartó, los acometieron enemigos, mataron algunos, y robáronles buena parte del despojo. Tuvo aviso dello Sandoval, acudió presto allá, y remedió mucho daño, desbaratando y siguiendo los

contrarios, y así pudieron ir á Tlaxcallan y á la Veracruz. Juntóse luego con los de Chalco, que, sabiendo su venida, estaban en armas y aguardándole. Dieron todos juntos sobre los de Culúa, que pelearon mucho y muy bien; mas al cabo fueron vencidos, y muchos dellos muertos. Quemáronles los ranchos y saqueáronselos. Volvióse con tanto Sandoval á Tezcuco; vinieron con él unos hijos del señor de Chalco; trajeron á Cortés hasta cuatrocientos pesos de oro en piezas, y llorando se desculpaban, y dijeron cómo su padre cuando murió les mandó que se diesen á él. Cortés los consoló, agradeciéoles su deseo, confirmóles el estado, y dióles al mesmo Sandoval, que los acompañase hasta su casa.

Los españoles que sacrificaron en Tezcuco.

Iba Cortés ganando de cada dia fuerzas y reputacion, y acudian á él todos los que no eran de la parcialidad de Culúa y muchos que lo eran; y así, á dos dias de como hizo señor de Tezcuco á don Fernando, vinieron los señores de Huaxuta y Cuahutichan, que ya eran amigos, á decirle que venia sobrellos todo el poder de mejicanos; que si llevarian sus hijos y hacienda á la sierra, ó los traerian á do él estaba: tanto era su temor. El los esforzó, y rogó que se estuviesen quedos en sus casas, y no tuviesen miedo, sino apercebimiento y espías; que de que los enemigos viniesen holgaba él; por eso, que le avisasen, y verian cómo los castigaba. Los enemigos no fueron á Huaxuta, como se pensaba, sino á los tamemes de Tlaxcallan, que andaban proveyendo á los españoles. Salió á ellos Cortés con dos tiros, con doce de caballo y docientos infantes y muchos tlaxcaltecas. Peleó y mató pocos, porque se acogian á la agua; quemó algunos pueblos do se recogian los de Méjico, y tornóse á Tezcuco. Al otro dia vinieron tres pueblos de los mas principales de aquella comarca á le pedir perdon, y á rogarle no los destruyese, y que no acogieran mas á hombre de Culúa. Por esta embajada hicieron castigo en ellos los de Méjico, y muchos parecieron después descalabrados delante de Cortés para que los vengase. Tambien enviaron los de Chalco por socorro, que los destruian mejicanos; mas él, como queria enviar por los bergantines, no se lo podia dar de españoles, sino remitirlos á los de Tlaxcallan, Huexocinco, Chololla, Huacacholla y á otros amigos, y darles esperanza que presto iria él. No estaban ellos nada contentos con la ayuda de aquellas provincias, sin españoles; pero todavia pidieron cartas para que lo hiciesen. Estando en esto, llegaron hombres de Tlaxcallan á decir á Cortés cómo estaban acabados los bergantines, y si habia menester gente, porque de poco acá habian visto mas ahumadas y señales de guerra que nunca. El entonces los puso con los de Chalco, y les rogó dijesen de su parte á los señores y capitanes que olvidasen lo pasado y fuesen sus amigos, y les ayudasen contra mejicanos, que en ello le harian muy gran placer; y de allí adelante fueron muy buenos amigos, y se ayudaron unos á otros. Vino asimesmo de la Veracruz un español con nueva que habian desembarcado treinta españoles, sin los marineros de la nao, y ocho caballos, y que traian mucha pólvora y ballestas y escopetas. Por lo cual hicieron alegrías los nues-